



ACADEMIA CHILENA  
DE CIENCIAS SOCIALES  
POLÍTICAS Y MORALES

Exposición en la Sesión Ordinaria de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, del Instituto de Chile (Lunes 26 de agosto, 2024)

## **CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ACTUAL**

**Por Chantal Delsol (del Instituto de Francia)**

El tema de la democracia hoy en día es abrumador y complejo. Quisiera limitarme a algunos puntos.

¿Qué ha ocurrido desde el cambio de siglo para que se cuestione la democracia, tanto en los países occidentales como en las culturas de fuera de Occidente que solían reivindicarla como modelo? ¿Debemos considerar las democracias antiliberales actuales como una nueva tendencia antimoderna? ¿La tecnocracia, la gobernanza y el consenso refuerzan la democracia o la perjudican? ¿Podemos imaginar democracias sin cosmovisiones, sin creencias, basadas únicamente en el pragmatismo, en una palabra, sin pluralismo?

En el último siglo, la democracia se ha dejado llevar por su radicalización ideológica. Para empezar, distorsionamos la palabra para ponerla al servicio de nuestras ideologías: en los años setenta, a los estudiantes de *Sciences Politiques* de París se les enseñaba que había dos tipos de democracia, una occidental y otra soviética... La democracia se sacralizaba entonces, se traducía en «el fin de la historia», pero también se entendía como un instrumento general de la vida social, aplicable en todas partes. Así es como los países occidentales, inspirándose en los análisis de John Dewey, intentaron «democratizar» todas las instancias sociales. Esto es una herejía, porque la democracia está pensada para la sociedad civil, una sociedad abierta, pero no se aplica al ejército o a la universidad, por ejemplo, que son sociedades cerradas. Contrariamente a lo que algunos piensan, los problemas de la democracia no se resuelven con «más y más democracia», como los problemas de Europa no se resuelven con «más y más Europa». Las propias virtudes de la democracia (libertad, emancipación, igualdad) tienen sus límites. Es esta cuestión de los límites la que dará lugar a las democracias antiliberales.



ACADEMIA CHILENA  
DE CIENCIAS SOCIALES  
POLÍTICAS Y MORALES

Para empezar, se ha intentado convertir la democracia en una ideología (Fuku-Yama). En su discurso de ingreso en la *Académie des Sciences Morales et Politiques*, el 27 de octubre de 1992, Vaclav Havel relató cómo había entendido tan mal que la democracia es un régimen imperfecto, que habita en este mundo imperfecto: «Me costó resignarme a la idea de que la política era un proceso sin fin, como la Historia, un proceso que nunca nos permite decir: algo está acabado, terminado. Y así me di cuenta con horror de que mi impaciencia por la restauración de la democracia tenía algo de comunista. O más en general, algo racionalista, la unidad de las Luces. Yo había querido hacer avanzar la Historia del mismo modo que un niño tira de una planta para que crezca más deprisa». En otras palabras, era como si las estructuras ideológicas del siglo XX hubieran dejado a la democracia su propia forma: una racionalidad excesiva, un estatuto ideológico que no le conviene. Ningún régimen es inmortal, como tampoco lo es ninguna cosa humana. Los que sacralizan un régimen, o están enredados en tradiciones que no tienen distancia (los franceses de la Edad Media pensaban que la monarquía era eterna), o son ideólogos.

Esta racionalización, o este avatar del espíritu ideológico, nos lleva a intentos locos e infructuosos de implantar artificialmente la democracia en cualquier país, como si fuera una herramienta simple y mecánica que todos pudieran utilizar por igual.

La democracia es una cultura. Es absolutamente esencial diferenciar (cf. Darius Shayegan, más recientemente Fareed Zacharia) entre democracia (el pueblo elige a sus gobernantes y su programa) y liberalismo constitucional, que no se refiere al método de elección de los gobernantes sino a la finalidad del gobierno: la emancipación, la libertad individual. La libertad de pensamiento, de expresión y de culto debe existir antes que la democracia. De lo contrario, la democracia produce tiranía, teocracia, nacionalismo u otros excesos propios de la cultura local. Un país puede tener una democracia, un sistema de elecciones, pero esto no prejuzga en absoluto su capacidad para ser constitucional-pluralista, o liberal en el sentido político. Por tanto, el liberalismo constitucional precede a la democracia como condición y atmósfera. Esto equivale a decir: ¿qué hacemos si al pueblo, dotado del derecho a voto, no le gusta la libertad? ¿Vamos a decir, como los revolucionarios franceses: les obligaremos a ser libres?



En la actualidad, muchos de los países en vías de democratización son democracias antiliberales. En el propio mundo occidental, la situación es mucho más grave: allí donde antes se había establecido la libertad, ahora puede ponerse en tela de juicio, y las democracias antiliberales se multiplican. La democracia está perdiendo su prestigio a los ojos incluso de sus más ardientes defensores, a causa del disenso sobre la libertad. Como decíamos antes, la democracia sólo puede establecerse y perdurar en el contexto de la libertad, a falta de la cual despliega apariencias y mentiras, palabras vacías. Pero toda la cuestión es la definición de la libertad y sus límites. Aquí es donde los posmodernos están enfrentados. Es en esta fractura donde surgen las llamadas democracias iliberales.

Las democracias iliberales, también conocidas como democracias populistas, un término más insultante que descriptivo, reflejan un reproche dirigido a la libertad posmoderna. Afirman que la libertad tiene límites. A este respecto, el pensamiento moderno se basa en el adagio que los niños pequeños de Francia aprenden de memoria desde la escuela primaria: «mi libertad termina donde empieza la de los demás». Esta certeza, que procede del pensamiento revolucionario, significa que los individuos pueden desarrollar sus deseos y voluntades tanto como quieran, siempre que no se topen con otra voluntad. Somos entonces fuerzas inerciales, ilimitadas, sin otra vocación que la de afirmarnos. El único límite es el choque con el otro. Debemos comprender que nada debe frenar nuestra libertad, ya sea en el ámbito económico, social, técnico o transhumanista. El crecimiento exponencial de las democracias llamadas «antiliberales» es un nuevo episodio de la guerra de los dioses entre los modernos y los antimodernos. En este conflicto entre cosmovisiones, el pueblo considera que la libertad posmoderna ha ido demasiado lejos (libertad económica, fronteras abiertas, reformas de la sociedad, etc.) y, en consecuencia, elige gobiernos dispuestos a restringir estas libertades. Por otro lado, las élites, al ver que el pueblo «vota mal», pierden la confianza en la democracia y recurren a las tecnocracias. El invierno de la democracia es el resultado de una guerra ideológica que es también una lucha de clases, de ahí su carácter siniestro.

El agotamiento de la idea democrática es tanto más preocupante cuanto que está legitimado por factores profundos: un cambio de creencias, que extingue los



principios en los que se basaba esta idea. Esto es lo que la hace más grave que la crisis de los años treinta. Esta evolución es doble :

- la racionalización del mundo mental y social, en respuesta a la tecnificación del mundo: aumento de la confianza en todo lo científico y técnico ;
- el deseo de paz, que, por razones comprensibles, ha gobernado nuestras mentes desde la Segunda Guerra Mundial, y que ha provocado un hundimiento de las convicciones.

Al final, estas dos características se combinan para privar a la democracia de su principal distinción constitutiva. No es que la democracia esté perdiendo terreno, como ocurrió en el periodo de entreguerras: es que ya no nos gustan sus presupuestos, está perdiendo su atractivo.

El pragmatismo produce y sostiene la tecnocracia. El rechazo de las creencias deja a la ciencia como única dueña del poder.

La racionalización del mundo y la primacía de la ciencia y la tecnología, que engendra la tecnocracia, responde también al horror al conflicto: ya no hay conflicto ni disputa frente a la afirmación científica.

El triunfo contemporáneo de la tecnología está llevando a la propia política por el camino de la tecnología: debe gobernar « el que sabe ». La prerrogativa de la ciencia compromete a nuestra época a un retorno, en política, a las preferencias platónicas.

Esto nos lleva a otra afirmación: la esencia de la democracia es la aceptación de la contingencia - los ciudadanos toman decisiones que son juicios de sentido común, se sitúan en el mundo del azar (el mundo sublunar de Aristóteles). Aceptan la incertidumbre. Camus decía: «La democracia es el ejercicio social y político de la modestia (...) este régimen sólo puede ser concebido, creado y sostenido por hombres que saben que no lo saben todo», o «reconocen que necesitan consultar a los demás». Como vemos, la toma de decisiones democrática es la antítesis de la ciencia, que afirma con certeza y no tiene por qué practicar la tolerancia.

La tecnocracia contemporánea, heredera del autócrata ilustrado de Platón, avanza en nombre del TINA (there is no alternative), no hay alternativa. Afirma en



nombre de la ciencia y sin incertidumbre, pretendiendo ser objetiva y, por tanto, sin tolerancia.

El problema es que no existe una decisión política objetiva y científica. La política es una empresa humana, siempre compleja y contingente. Definir el bien común de una sociedad no es una cuestión de ciencia: es un arte y, por tanto, siempre discutible. La tecnocracia se engaña a sí misma. La prueba es que, mientras pretende ser objetiva, la tecnocracia europea contemporánea sirve en realidad a una determinada visión del mundo, que podría denominarse liberal-libertaria. La tecnocracia impone las sociedades de mercado y las costumbres libertarias, el cosmopolitismo y la supresión de las fronteras, en nombre de un progreso inevitable y fatal y de un sentido supuestamente objetivo de la historia (todo lo contrario es «regresión», «descivilización»).

El despliegue de una visión liberal-libertaria y cosmopolita del mundo por parte de las élites, que se considera a sí misma como una ciencia y no deja lugar al debate, está generando una reacción popular cada vez más fuerte. El pueblo, que tiene pocas palabras y carece de teóricos, impugna el cosmopolitismo, el borrado de fronteras e identidades, las costumbres libertarias y la sociedad de mercado. Utilizan el único medio de que disponen para decirlo: las urnas democráticas. Y producen el fenómeno que sarcásticamente llamamos populismo. El populismo es una respuesta furibunda y a menudo irracional a las democracias que han renunciado al verdadero pluralismo.

Podríamos decir -porque hay que encontrar palabras para decirlo- que la democracia es hoy la cuestión principal de una batalla contemporánea entre lo moderno y lo antimoderno.